

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GLORIA.—Los cristianos cifran su mayor gloria en las mayores humillaciones que sufren por Jesucristo.

Los hipócritas cifran su mayor gloria en las más grandes apariencias de la virtud.

Los libertinos cifran su mayor gloria en la reputacion de haber cometido los más atroces crímenes.

GLORIA.—La sabiduría del cristianismo consiste en huir de la gloria, mereciéndola.

La locura del mundo consiste en solicitar ó en procurar la gloria, sin merecerla.

GLORIA PELIGROSA.—El amor á la gloria conduce á los hombres á los mayores precipicios.

El amor á la gloria les derriba.

El amor á la gloria les impide levantarse.

GLORIA DELEZNABLE.—Los que la desean, manifiestan no conocerla.

Los que la gozan, deben hacérsola despreciar.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES, sobre la GLORIA HUMANA; véase: GRANDEZA HUMANA (SU VANIDAD).

GLORIA HUMANA; véase: HONOR y GRANDEZA VERDADERA. GLOTON; véase: GULA.

GRACIA.

I.

Respondit Jesus et dixit ei; Si scires donum Dei!

Jesus le respondió: ¡Si tú conocieras el don de Dios!

(JOANN. IV, 10.)

Segun todos los Santos Padres de la Iglesia y todos los intérpretes de la Sagrada Escritura, el don de Dios, que no conocia la Samaritana, y que le hizo conocer el Salvador de los hombres, es la gracia misma de Jesucristo. Esta gracia, sin la que no podemos nada, y con la cual lo podemos todo; esta gracia, por la que somos todo lo que somos, si somos algo delante de Dios; esta gracia, que nos ilumina, nos atrae, nos persuade, nos convierte, nos inclina al bien y nos aparta del pecado; esta gracia, que nos pone en estado de ganar el cielo; esta gracia, que obra en nosotros y con nosotros todo cuanto hacemos por Dios, y que en el orden de la salvacion nos da por su eficacia, no solamente el poder, sino el querer y el hacer; ese es, mis amados oyentes, el excelente don, que tanto nos importa á nosotros mismos conocer; don perfecto, que viene de arriba y descende del Padre de las luces; don superior á todos los dones de la naturaleza, y en comparacion del cual miraba san Pablo como barro todos los dones de la fortuna; don de los dones, que Jesucristo solo pudo merecernos, y que recibimos de la misericordia infinita de Dios.

Sin embargo, por una crasa ignorancia, no le conocemos, y por una ingratitud todavía más criminal, no cuidamos de conocerle: de donde proviene que tantas veces le recibimos en vano, y que, léjos de usarle para glorificar á Dios y santificarnos, abusamos de él, hasta el punto de pervertirnos y despreciar al Señor. Por eso nos dice Jesucristo, como á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* ¡Si tú conocieras el don de Dios! Tratemos pues, cristianos, de formar una idea exacta de él: entremos en el tesoro inmenso de las divinas misericordias: midamos, si es posible, su altura y profundidad; y pues María recibió la pleni-

tud de la gracia, imploremos por su intercesion la asistencia del Espíritu Santo, diciendo con el ángel: A. M.

1. Las excelentes propiedades que atribuye á la sabiduría la Sagrada Escritura, son; disponerlo todo con suavidad y ejecutarlo todo con eficacia. Lo que nos dice la Escritura de la sabiduría de Dios, puedo yo decirlo igualmente de la gracia, que no obra en nosotros sino como instrumento de aquella sabiduría soberana, que es en Dios la causa principal de nuestra salvacion. Ved aquí, cristianos, la idea más exacta que puedo daros de la gracia de Jesucristo. Sus dos caracteres son; suavidad y fuerza. Suavidad, en la manera persuasiva con que dispone el pecador á la conversion: fuerza, en las asombrosas victorias que alcanza del pecador en el instante de su conversion.

No hay que extrañar, que la gracia tenga por primer carácter la suavidad; pues procede inmediatamente del corazon de Dios, y es el término de su amor más puro hácia nosotros. Pero nos importa saber bien en qué consiste esta suavidad de la gracia, cuáles sus los caracteres más insinuantes, lo que debe obrar en nosotros, y de qué manera quiere Dios que correspondamos á ella. Esto es lo que visiblemente intentó el Espíritu Santo darnos á conocer en la conversion de la Samaritana, cuyo ejemplo debemos aplicarnos; porque ¿qué hace la gracia para triunfar completamente de un corazon rebelde y someterle á Dios? Para triunfar de nosotros, parece, en cierto modo, sujetarse á nosotros. ¿Y cómo? Porque nos aguarda hasta sufrirnos años enteros, toma el tiempo favorable; y por una condescendencia, que nunca agradeceremos lo bastante, proporciona las ocasiones para ganarnos: por más interés que tengamos en burlarla, siempre es ella la primera á prevenirnos. En lugar de arrancarnos á la fuerza, lo que quiere obtener de nosotros, nos lo pide; y en vez de pedirnoslo con imperio, lo obtiene solamente por via de solicitudacion y exhortacion. Ella se acomoda á nuestras inclinaciones, á nuestra inteligencia, á las calidades de nuestro espíritu; y aún, muchas veces, á nuestras imperfecciones y flaquezas del modo que explicaré. No nos obliga á nada difícil, en que no nos haga hallar atractivo, y cuyo deseo no excite en nosotros, á pesar de nuestra repugnancia: no nos obliga á despreciar los bienes terrenos, sino á medida que nos pone de manifesto la nada de ellos: no nos hace emprender grandes cosas por Dios, sino imprimiendo en nosotros una idea elevada de sus perfecciones y de los premios que nos promete: no nos inclina á la negacion y al aborrecimiento de nosotros mismos, sino haciéndonos convenir, por la confesion de nuestros propios desórdenes, en que aquella negacion es, á lo

ménos, justa, y aquel aborrecimiento bien fundado. Tal es, cristianos, la conducta de la gracia, tal es su suavidad; y bien claramente lo vemos en los pasos que da el Salvador del mundo para convertir á la Samaritana.

Digo, que, á veces, la gracia aguarda á los pecadores, hasta cansar la paciencia de Dios. Ved á Jesucristo, la fuerza y la virtud de Dios mismo, fatigado, no obstante, extenuado, sentado á la márgen de un pozo. ¿Qué espera? Una alma infiel, á quien quiere salvar; una pecadora, que ha escogido. ¿Y de qué está cansado? Si nos atenemos á la letra, de lo largo del camino: *fatigatus ex itinere* (JOAN IV, 6); pero como el hombre Dios decia en el mismo Evangelio á sus apóstoles, que tenia que comer un manjar más exquisito que el que le presentaban ellos, un manjar misterioso y divino que no conocian: *Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis* (JOAN IV, 32); por eso experimentaba entónces otro cansancio que el que aparentaba; y este cansancio le venia, sin duda, de haber sufrido tanto tiempo á aquella pecadora en el desórden de su vida y en la costumbre de su pecado. Esto es lo que debia haberle cansado con ser Dios, y lo que debia casi haber apurado su paciencia. Sin embargo, no se desalienta y está resuelto á esperar á aquella mujer, por más apartada que esté de Dios, y por más empedernida que se halle en el pecado. Por eso está sentado y descansa. Pues este descanso de Dios, en los arrebatos y rebeldías de su criatura, es lo que yo llamo la suavidad de la gracia. ¡Ah! cristianos, ¡cuántos pecadores en el mundo, y tal vez entre los que me escuchan, se hallan actualmente en el mismo estado que aquella mujer obstinada y criminal! Es decir ¡cuántos pecadores pertinaces han cansado á Dios, han ultrajado la bondad de Dios, han provocado la ira de Dios, y, á fuerza de acumular pecado sobre pecado, y recaida sobre recaida, aumentando así diariamente el peso de su iniquidad, han llegado á ser como pesadas cargas para Dios! Y no obstante, por un efecto de su inagotable misericordia, quiere esperar su conversion. Solo la paciencia de un Dios puede llegar hasta ese punto. La de los hombres, que no se extiende más allá de la pequeñez de su corazon, se cansa pronto; pero la medida de la paciencia de Dios es la grandeza de Dios mismo.

En efecto, Dios es paciente porque es eterno, es paciente porque es fuerte, es paciente porque es Dios. Y considerándolo bien, nada nos manifiesta mejor su divinidad, ni hay un testimonio más ineluctable de ella, que la sorprendente tranquilidad con que disimula y tolera las ofensas de los hombres. Pero ¿qué consecuencia debemos de sacar de este principio, amados oyentes míos? ¿Se sigue de ahí, que el

pecador tenga derecho de diferir su conversion, y hacer esperar á Dios, porque Dios quiere esperarle? Así han discurrido siempre y discurren aún los mundanos; y este falso razonamiento y esta condenable presuncion es la que, en todo tiempo, los ha confirmado y los confirma diariamente en sus desórdenes. Mas no permita Dios, cristianos, que abusemos de tal manera de sus misericordias; y cuando se trata de penitencia, el error más pernicioso en que podemos caer, es esperar que Dios nos aguardará. ¿Por qué? En primer lugar, porque si Dios nos espera, lo debemos únicamente á su gracia: ahora bien; no hay cosa más impía é insensata, que contar con esta gracia, hasta el punto de prevalerse de ella, contra Dios mismo. En segundo lugar, porque hay muchos á quienes no espera Dios, y en quienes se complace de ejercitar su justa ira para escarmiento de los demás, dejándolos morir en el pecado. En tercero; porque, aún respecto de aquellos á quienes no espera Dios, hay un término, pasado el cual, no los espera más. En cuarto; porque no podemos saber hasta cuándo nos esperará Dios, ni aún si nos esperará; y este es el secreto más impenetrable para nosotros y más oculto. En quinto; porque basta nuestra sola presuncion, asegurándonos que nos esperará Dios, para moverle á que no nos espere; no sea, que sirva su paciencia, que es uno de sus más santos atributos, para autorizar y fomentar nuestros pecados.

No solamente espera el Salvador del mundo á la Samaritana, sino que, por un nuevo carácter de suavidad, que descubro en su gracia, busca una ocasion cómoda para tratar con aquella pecadora, un sitio apartado del bullicio y tráfago, á donde sabe que ella ha de acudir; un tiempo conveniente á su intento, cuando ella va á sacar agua, y no podrán interrumpirse por nada las lecciones divinas que se prepara á darle. Esto no es porque Dios necesite de tales temperamentos para comunicarnos su gracia, ni ésta depende absolutamente de los tiempos y ocasiones para producir en nosotros su efecto; pues, por el contrario, la gracia es más bien la que hace estos tiempos preciosos para la salvacion, y estas ocasiones, á que va aparejada nuestra conversion. Pero en esto mismo ¿no debemos de admirar la inefable bondad de nuestro Dios, que, para atraernos á sí y salvarnos, se sirve proporcionar de este modo las ocasiones, que con esta mira se vale ventajosamente de las que le presentamos nosotros, que el mismo produce otras en que no pensamos, que de los acontecimientos ménos premeditados hace para nosotros sucesos providenciales, y, que mereciendo ser igualmente servido en todos tiempos y lugares, no se desdeña de aparejar su gracia á ciertos lugares y tiempos? Cuando leemos en el *Génesis*, que yendo Rebecca á dar de beber á sus rebaños, encontró junto al pozo al

criado que Abraham, que le anunció su honra y la eleccion que hacia Dios de ella para mujer de Isaac; cuando en el libro de los Reyes se nos dice, que, buscando Saul las borricas de su padre, encontró al Profeta, quien le declaró los designios de Dios sobre él, y le manifestó que el Señor le habia destinado para ser el caudillo de su pueblo y rey de Israel; bendecimos la amable conducta de la Providencia. Pero esta conducta, cristianos, no era más que una figura de lo que Dios queria hacer y hace todos los dias en favor de sus escogidos. Porque ¿no es así como ofrece su gracia en conyunturas favorables? ¿No les arma así (si puedo expresarme de esta suerte) santas emboscadas en las ocasiones, que ha dispuesto su sabiduría para su conversion y santificacion? De aquí es, que algunos sábios teólogos, entre quienes se cuenta el incomparable doctor de la Iglesia san Agustin, han hecho consistir una parte del misterio de la gracia, que llamamos eficaz, en que es dada en la ocasion que ha previsto Dios seria saludable; en vez de que las gracias comunes las da indistintamente, es decir, prescindiendo de aquellas ocasiones y de las disposiciones particulares en que podemos encontrarnos al recibirlas. Lo vemos en la Samaritana; pero si reparamos bien, lo que vemos en ella es lo que pasa diariamente en nosotros. Porque ¿hay una persona á quien haya tocado Dios y convertido de sus éxtravíos, que no atribuya, en parte, su conversion á ciertas ocasiones, y no se acuerde que entonces fué cuando le abrió Dios los ojos y le habló al corazon?

¿Cuál es, pues, para nosotros el punto capital y la gran máxima de la sabiduría cristiana? Retenedla bien, mis amados oyentes, y no la olvidéis jamás: es observar con cuidado estas ocasiones y no frustrarlas. Porque ¿cuántas cosas, cuyas consecuencias no veis y que os parecen dimanar de la casualidad, son otros tantos medios que ha escogido Dios para apartaros del mundo, queriendo, tal vez, hacer depender de ellas vuestra misma predestinacion! Por ejemplo, el trato que manteneis con ese siervo de Dios, ese libro de piedad que os gusta, ese sermón edificante y convincente que oís, esa muerte súbita que os espanta, esa pérdida de bienes que os aflige, esa desgracia que os humilla, esa enfermedad que, contra vuestra voluntad, os obliga á hacer una vida más regular, y os impide caer en los mismos desórdenes. Si os fueran completamente conocidos los designios de Dios, y supierais con certeza, que á esto ha querido aparejar vuestra salvacion; ¿no aprovechariais esas ocasiones tan importantes? Pues sabeis demasiado para adorar, al ménos, en ellas, los consejos secretos de esa Providencia enteramente paternal que os gobierna; y si no sabeis más, eso os obliga á vivir en una dependencia más absoluta de la gracia

en que confiais. Pero si esta es una ocasion de salvacion, me direis, y Dios ha aparejado á ella la gracia de mi conversion, es seguro que me convertiré. Concedo; pero no es ménos seguro, que no os convertiréis jamás, sin hacer buen uso de esa gracia y de la ocasion en que se os ha preparado. Porque cualquiera que sea la naturaleza de esta gracia, es de fé, que su efecto no puede ir separado de vuestra fidelidad; y de cualquier modo que obre, siempre hay que venir á parar á esta expresion del Salvador: *Vigilate et orate* (MATTH. XXVI): velad y orad. Orad, porque nada podeis sin la gracia; velad, para que no se os escape este dia de salvacion. Ved aquí, en dos palabras, los dos puntos fijos y todo el resumen de la teología de un cristiano. Continuemos.

Añado, que la gracia, que obra nuestra conversion, por muy interesados que estemos en buscarla, es siempre la primera á prevenirnos; y esto es lo que tiene de más esencial en la doctrina de los Padres. En efecto, si yo pudiera prevenirla, ya no seria gracia, porque supondria en nosotros el mérito de haberla prevenido. Sé que, aunque pecadores, podemos buscar á Dios por la gracia y hallarle; pero no buscaríamos jamás á Dios por la gracia, si Dios mismo, por otra gracia, no nos hubiera buscado á nosotros. Así aparece visiblemente en la conversion de la Samaritana. El hijo de Dios no aguarda á que ella dé algun paso para ir á él, sino que se acerca á la pecadora, la habla, y entabla una conversacion, que debe ser el principio de su salvacion. Tal es el misterio y el prodigio juntamente de la caridad de mi Dios; querer prevenir él mismo á unos pecadores, es decir, querer buscar él mismo á unas viles criaturas, querer llamar él mismo á unas almas ingratas y rebeldes, unas almas criminales y dignas de todas sus venganzas, unas almas flacas é inconstantes, cuyas infidelidades y recaidas tal vez prevé; buscarlas y salir á recibirlas en un tiempo en que no piensan en él; digo más, en un tiempo en que se alejan de él, se levantan contra él, y aún, en cierto modo, tienen horror de él. ¡Ah! Señor, puedo exclamar aquí movido del sentimiento de san Bernardo; ¡ah! Señor, ¿con qué es verdad, que siendo vos tan amable, no puedo yo de mi propio impulso amaros, y que mi miseria llega al punto de no poder desear ser amado de vos, si no excitais en mí este deseo? ¿Con que es verdad, que con ser vos un Dios, os veis en la necesidad de dar los primeros pasos para mi reconciliacion con vos, ó tenerme eternamente por enemigo? ¿No era bastante, que estuvieseis dispuesto á recibirme? Pero, á lo ménos, Dios mio, ya que os dignais de comenzar, ¿no responderé á vuestro amor? ¿Añadiré á la fatal imposibilidad de preveniros, el crimen imperdonable de no cooperar á vuestra gracia? No,

Señor; vos me haceis conocer demasiado lo que os debo, para que mi corazon persevere en una tan mortal indiferencia. Pues que es honra de vuestra gracia venir ella á buscarme, quiero someterme á esta ley. Sí, Dios mio, quiero humillarme con este fin: quiero confesar en vuestra presencia mi flaqueza, y confundirme con el pensamiento, de que por mí no puedo dar un paso para ir á vos; y que con todas vuestras perfecciones, no puedo amaros si vos no me amais, y si no me amais ántes que yo os ame.

Mas ¿cómo nos previene la gracia? Pidiéndonos lo que quiere conseguir; y en esto consiste la diferencia de la gracia y de la ley: la ley manda, y la gracia convida: la ley amenaza, y la gracia atrae: la ley constriñe, y la gracia persuade. Pues esta mezcla de la ley y de la gracia es la que hace todo el misterio de la amable y suprema dominacion de Dios en nuestros corazones. En la mano del Salvador estaba usar de todo su poder, y obligar á la Samaritana á rendirle, desde luego y sin réplica una obediencia forzosa; pero porque obra en ella su gracia, quiere el Señor que obedezca aquella mujer, no solo sin repugnancia, sino con gozo y amor. Y ¿por dónde empieza? Diciendo que le crea: *Mulier, credé mihi* (JOANN. IV, 21). Porque, aunque Dios sea dueño de nuestras voluntades por la eficacia de su gracia, y pueda disponer de nosotros como guste; no obstante, no dispone sino con reserva y con respeto, es decir, inspirándonos, persuadiéndonos, pidiéndonos lo que él quiere hacernos querer. Digo más: aunque dueño absoluto, nos pide poco para darnos mucho. ¿Qué pide Jesucristo á la Samaritana? Un poco de agua: *Da mihi bibere*. ¿Y para qué es pedirle agua? Para excitar en ella el deseo de otra agua mucho más excelente que él quiere darle, de aquella agua que debe apagar para siempre nuestra sed y establecernos en una perfecta paz y felicidad. Excelente idea, amados oyentes míos, de lo que experimentamos cada dia en la conducta de la gracia. ¿Qué pide al principio? Casi nada. Un poco de atencion sobre nosotros mismos, un poco de regularidad en nuestras acciones, un poco de discrecion en nuestras palabras, un poco de sujecion á nuestros deberes. Dadme eso, nos dice Dios, que bien poco es; pero de ese poco dependen las gracias más abundantes. Y en efecto, muchas veces por ese poco, quiero decir, por esa pequeña victoria alcanzada de la pasion, por esa pequeña violencia hecha al genio, por ese leve sacrificio del interés, por ese corto esfuerzo de la caridad, por esa pequeña dejacion de una vanidad mundana; nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales y de las misericordias del Señor. Por ahí empiezan las grandes mudanzas y conversiones; y ¿no somos muy culpables, si negamos á Dios lo que

nos pide, cuando el beneficio que nos promete es tan superior á lo que espera?

Sin embargo, aún queda algo más interesante que decir. La gracia, para obrar con más suavidad, se acomoda á nuestras inclinaciones, á nuestros gustos, á nuestros talentos, y aún, en cierto modo, á nuestras flaquezas, imperfecciones y defectos. La prueba la tengo en la Samaritana. Otro que el hijo de Dios, oyéndola disputar y discurrir sobre los puntos más importantes de la religion, la hubiera echado de sí: otro le hubiera dicho, que no le tocaba á ella entrar en tales materias: que no eran de su cargo aquellas cuestiones espinosas y sútiles; y que la gran ciencia de una mujer debía de ser, ó no saber demasiado acerca de ellas, ó no aparentar que sabe demasiado; porque esta es la respuesta comun que se ha dado en todo tiempo á las mujeres curiosas. Pero nuestro divino Maestro no ignoraba que así no se las convierte, y que esta respuesta, que las mortifica, léjos de corregirlas, sirve solamente para irritarlas. Pues, ¿qué hace? Observa una conducta enteramente opuesta. Aquella mujer era vana y curiosa, y la atrae por su misma curiosidad: se preciaba de instruida, y él no tiene á ménos discurrir con ella sobre las materias más profundas y sublimes de la religion. Jesucristo, cuando instruía á los pueblos, se valía de parábolas, es decir, de comparaciones sencillas y familiares, para acomodarse á la rudeza de los entendimientos vulgares; pero á aquella pecadora, solo le habla de asuntos elevados y en términos adecuados á la grandeza de ellos, de la naturaleza de Dios, de la perfeccion de su esencia, de la pureza de su culto y de la adoracion en espíritu; y por este medio la desengaña, sin ofenderla de las falsas ideas con que estaba preocupada tocante á la divinidad, y los homenajes que le debemos. Y ¿no es así como obra la gracia en nuestros entendimientos y corazones? ¿No es así como se conforma á nosotros, no santificándonos casi nunca (notadlo bien) de una manera contraria á nuestras inclinaciones naturales, sino perfeccionándolas, segun Dios, para santificarnos? Si somos ardientes y activos, nos anima de un santo celo, y nos inclina á la práctica de las buenas obras. Si somos tiernos y afectuosos, nos inspira una ternura de amor, que nos hace derramar, á veces, torrentes de lágrimas á sus piés. Si somos de blanda y apacible condicion, la rectifica y la convierte en caridad para con el prójimo. Si somos de un carácter rígido y severo, transforma esta severidad en fervor de penitencia. Así no nos queda ningun pretexto para dejar de seguir al Señor, pues que la gracia se vale de nuestra índole, de nuestra complexion, de nuestros talentos, de nuestras facultades para hacer de nosotros lo que Dios quiere que seamos.

Es verdad, cristianos, que Dios nos obliga por su gracia á despreciar todo lo que estima el mundo, á renunciar de corazon los honores, los placeres y las riquezas del mundo; pero, aún en esto, ved y gustad cuán suave es el Señor: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus* (SALMO xxxiii, 9). No nos obliga á despreciar el mundo, hasta despues de habernos dado á conocer por su gracia la ilusion de él, y convencidos de que el mundo no puede hacernos jamás felices. No nos obliga á dar de mano al mundo, hasta despues de habernos quitado por su gracia la estima y el amor del mundo. Mas, es fácil abandonar y despreciar aquello que ya no se estima ni se ama. Esta es la santa leccion que da el Salvador á la Samaritana: *Omnis qui bibit ex aquâ hac, sitiet iterum* (JOANN. IV, 13). Todo el que bebiere de esta agua, tendrá otra vez sed; es decir, todo el que tenga ambicion en el mundo, no estará jamás contento con lo que tiene, por más grandezas que acumule: todo el que quiera enriquecerse en el mundo, no allegará jamás bastantes riquezas para satisfacerle, por más tesoros que amontone: todo el que sea esclavo de sus sentidos, no los satisfará nunca, aunque no les niegue ninguna satisfaccion. Cuando yo me llego á persuadir de este principio, me desprendo de todo sin dificultad; y ¿no estamos invenciblemente persuadidos de él por la divina impresion y las santas ilustraciones de la gracia? Es verdad, que ésta me obliga, á veces, á hacer cosas difíciles y costosas por Dios; pero, al mismo tiempo, me hace encontrar aficion en ellas por la grandeza de los motivos que me propone, y por la esperanza de los bienes inestimables que me promete: ¿Si supieras tú, dice Jesús á la Samaritana, quién habla contigo! Es decir, si supierais, cristianos, quién es Dios, lo que ha hecho por vosotros, y lo que merece de vosotros; si supierais lo que teneis que esperar de Dios, el magnífico galardón que guarda para los humildes, para los pobres, para los que padecen y se mortifican por él. ¡Ah! Si lo supierais, os determinaríais á todo, y la cruz más pesada no solo se os haría soportable, sino amable, con la idea sola de agradarle. Mas ¿quién nos enseña todo esto? La gracia de Jesucristo. Es verdad, que esta gracia llega, segun el Evangelio, hasta infundirnos el odio de nosotros mismos; pero para infundirnos este odio evangélico, nos hace convenir en nuestra bajeza, nuestra indignidad, nuestra corrupcion y nuestros desórdenes. De donde inferimos fácilmente nosotros mismos, que nuestro verdadero interés consiste en aborrecernos en esta vida, si queremos amarnos para la eterna. Así es, que el hijo de Dios; para facilitar la penitencia á la pecadora de Samaria, la hace confesar su pecado; y por la saludable vergüenza que de aquí concibe, la reduce (casi sin echarlo ella

de ver) á la necesidad de acusarse, condenarse, y, por consiguiente, convertirse; pues, la verdadera conversion consiste en una acusacion sincera, y en una completa condenacion de sí mismo.

Tal es, cristianos, la conducta de la gracia: ved aquí como Dios se hace dueño de nuestros corazones, no por la supremacia de su imperio, no por las luces sublimes de su entendimiento divino, sino por la suavidad de su gracia y de su espíritu. Réstame mostraros, que esta gracia, aunque suave en el modo con que atrae al pecador, no tiene ménos fortaleza y virtud en su accion.

2. Por oscura que sea nuestra fé, si la consideramos en sí y en sus misterios, tiene, segun el pensamiento de todos los teólogos, una evidencia en sus motivos; quiero decir, que lo que nos revela es, á lo ménos, evidentemente creible, por la calidad de los motivos que nos obligan á creerlo. Pues á mí me ha parecido siempre, y me parece aún, que otro de los motivos más poderosos y convincentes es, ver que la gracia obra á veces en ciertas almas, que ha predestinado Dios para hacerlas vasos de misericordia, como dice el Apóstol. Esto, mis amados oyentes, os edificará y consolará. Cuando los mágicos de Faraon vieron los asombrosos prodigios que obraba Moisés en todo Egipto, con solo el contacto de aquella varita misteriosa, que tanto terror les causó; confesaron, al fin, que allí estaba el dedo de Dios, es decir, que reconocieron el carácter de una virtud divina, cuyo instrumento era aquel legislador y profeta. Y yo, cristianos, aún cuando no considerára más que la conversion de la Samaritana, segun se nos refiere en el Evangelio, inferiria, sin vacilar, que hay un principio sobrenatural que obra en nosotros: que Dios tiene resortes ocultos para mover nuestros corazones y volverlos como quiere: que nosotros recibimos del cielo ciertas impresiones, que no pueden venir más que de la gracia; y que por las divinas operaciones de ésta, queda completamente sometida al imperio de Dios nuestra libertad, sin perder nada de su indiferencia y sus derechos.

Mas ¿en qué consiste el milagro de esta conversion? Vedlo aquí, con respecto al entendimiento y la voluntad, las dos potencias del alma á quienes se comunica inmediatamente la gracia interior. Milagro de la gracia, en la victoria que alcanza del espíritu de la Samaritana; milagro de la gracia, en la mudanza que obra en el corazon de la Samaritana; milagro obrado de una manera enteramente milagrosa y con circunstancias que no dejan duda, de que es obra de la mano omnipotente de Dios. Escuchadme, cristianos, y suplid con vuestra atencion la necesidad en que me veo de reducir á pocas palabras lo que requería un discurso entero.

Milagro de la gracia y de su virtud es la victoria que alcanza del espíritu de la Samaritana. Meditemos el texto sagrado y convendremos en ello. Aquella mujer era, á un mismo tiempo, infiel y hereje, porque los samaritanos eran, en el fondo, idólatras, y adoraban las falsas deidades de sus antepasados; y, no obstante, no dejaban de practicar una especie de judaismo, pero corrompido por sus opiniones particulares; lo cual los dividia y separaba de los demás judíos por un cisma declarado. Era una hereje vana y presumida, obstinada é indócil, preocupada con su error y determinada á sostenerle, que se preciaba de discurrir y sutilizar en materia de religion, porque todo esto aparece en la plática que tuvo Jesucristo con ella. Ahora bien; vosotros sabeis la suma dificultad, por no decir imposibilidad moral, de reducir un entendimiento, y más el de una mujer, cuando es de tal carácter. Sabeis cuán raro es, que una mujer, aferrada en una herejía (porque persuadida por la razon apenas la ha habido jamás), se ponga en estado de averiguar la verdad, buscarla de buena fé y someterse á ella. Sea que, por una terrible fatalidad, tenga la herejía la propiedad de hacer inflexibles y empedernidos los corazones; sea que Dios, por un castigo merecido de este pecado, que en mi sentido es el más grave de todos y más digno de castigarse, acostumbre sembrar densas tinieblas en los entendimientos, que los van cegando cada vez más, y por eso las llama san Agustin *pœnales cœcitates*; sabeis cuántos esfuerzos requiere esta conversion de la herejía á la fé, de la soberbia de la una á la humildad de la otra, y cuánto tiene de milagroso, aún en el orden de la gracia. Sin embargo, la gracia lo obra hoy; pero, por una virtud, que no puede ser sino la virtud del Altísimo. Jesucristo convierte á esta mujer, y de samaritana, que era, la vuelve, primero, á la pureza del culto judáico, y luego la hace una perfecta cristiana. Despues de hacerla abandonar las supersticiones de sus padres y el cisma en que habia nacido, despues de hacerla condenar los errores, que defendia con tanto calor y obstinacion, le manifiesta quién es él, y á qué ha venido, el objeto y fin de su mision, su calidad de Cristo y Salvador, su misma divinidad; misterios naturalmente increíbles, y que no podia descubrir ella, sino mediante las luces más puras de la gracia que le comunica el Señor. Y no solamente le revela estos puntos tan importantes y sublimes, sino que se los persuade y se los hace gustar. Aunque al pronto se resistió la Samaritana á tratar con Jesús, al fin le escucha con docilidad y respeto: aunque le era odioso todo lo que venia de los judíos, condesciende en reconocerle y adorarle como autor de su salud con ser judío: aunque ella no veia en él más que las apariencias de un hombre, protesta y cree